

LA PESADILLA DE ADAN

Por JOSE MARIA LAFARGA

UN sol serio, inmóvil, escrutador, se colaba frecuentemente por entre el ramaje movedizo e iluminaba, acariciando, muchos puntos del rostro barbudo y del moreno torso de Adán. El frío del troco gris en la espalda, la tibieza del sol en el pecho, las refrescantes ráfagas de aire. Eva allí cerca.

La calma dulce cerraba a menudo sus ojos. Pero Eva allí cerca... Adán pugnaba con la pereza, y volvía siempre en sí rozando cejas y párpados con el antebrazo. Eva se acercó más, mientras en el pecho del hombre sublimaba espontánea y velozmente la ternura, que en humores saturantes de pasión trocada, lo inundó por completo.

—Los labios de Eva son más rojos, Dios, que nada.

Desde el gran jardín, la bruma tibia del amor despedida se eleva hasta Dios, como la más agradecida oración del hombre.

Eva juega con el agua, que es tan ágil como el hombre; no piensa en el óvalo roto con dos hondos negros y una explosión carnal de puro rojo; no ve en el río el deshacerse y formarse de su rostro original; no sonrío al entorno azabache de sus melenas, a las cuevas habladoras de sus ojos, a su boca recién modelada en las manos divinas. Eva llora recordando al hombre.

A Adán le miran mucho sus hijos mientras se arrastra, color de sucio en las barbas, por los senderos empedrados. No está asustado, pero sí un poco medroso, demasiado solo, entre la muchedumbre de sus hijos.

Al frente de la calle, desde el grotesco marco tallado en piedra, le atrae el refugio, bullicioso pero oscuro, de una bodega.

Dentro encuentra demasiadas personas; se extraña un momento de haber entrado.

Se sienta. Viene un viejo.

—Hola.

Pausa; Adán, entre serio y desconcertado, aguarda.

—¿Vino?

—Sí.

—¿Rojo?

—Sí.

Adán no se decide a mirar en derredor; pero pone todo su entusiasmo en escuchar. Hondamente le decepciona encontrar a sus hijos tan vocingleros.

Ponen el vino en su mesa; Adán mira para sonreír al viejo, pero encuentra una muchacha de apretadas carnes y mirar triste, triste como una muchacha en taberna. Absorta lo contempla.

El hombre también la mira, primero cansadamente. Adentro, en su misterioso interior, siente el latigazo que le devuelve su agilidad. Aprovecha el intervalo para volver a rezar a Dios, a quien inesperadamente ha recordado. A la muchacha, en el intervalo, le tiembla un labio.

Al cabo, el Hombre se aleja, mientras piensa, como en una fatalidad, en el extraño impulso que le apartó ya dos veces de Eva.

Han transcurrido muchos inviernos, y en la barba del hombre se ha colgado mil veces la crujierte escarcha. La piel, lenta y ásperamente trabajada, se ha oscurecido. No tiritar; Adán no puede tiritar de frío; por eso y porque no quiere exhalar ningún gemido, es su angustia tan plena que le rebosa ya en el triste gesto.

A veces, desde hace tiempo, poco tiempo, ha visto algunas extrañas escenas en sus sueños. Escenas engañosas, que con parecer de humo y fiebre fabricadas, han doblgado su entereza, y le han despertado a veces, cubierto de pavor.

Adán, sin tiritar, sufre de frío; en la muesca de una roca, que recorrió levemente el decembrino sol, se acurruca y duerme.

Duerme Adán.

¡Qué amable el calorcillo de los troncos! Remueve en sus entrañas nostalgias agradables del paraíso. Dolores, tan cerca, le mima sin tocarle. ¡Es tan distinta de Eva! ¿Dónde ha visto antes los ojos de ella? ¿Estaban rotos en el cauce agitado de los ríos?

Dolores le mira, como si le iluminara o le diera calor.

El calor de los troncos.

En el centro del fuego, dos manchas verdes con perfil de almendras: las pupilas negras profundísimas; entre medio, un círculo de ligerísimo ribete rojo, un círculo de verdes acuosos y rosas de las nubes vespertinas.

¡Qué calor! Dolores le acerca su mano inmaterial que no le toca.

¿Dónde ha visto los ojos de Dolores? ¿Se los mostró Dios cuando rezaba, acariciándolos en sus huesudas manos de artista?

El fuego crepita; también los oídos tienen su sensación agradable.

Adán admira la sala, y la mesa de madera trabajada; la chimenea donde arde la leña; en un cenicero, la colilla del cigarro diario del padre de Dolores rebosa su hendidura; en la mesa, las gafas resignadas de la madre, el libro abierto y brillante del hermano.

Gracias, Dios.

Adán se esfuerza; deja un poco de mirar y habla:

—Ven, Dolores.

Ella, que sigue mirándole extasiada, le roza con su mejilla inmaterial.

Pasan varios tiempos. Al cabo, Adán tiene calor. Pasan días, y Adán quiere irse aunque tenga que despertar del sueño.

Con los alfilerazos del frío, profusamente repartidos por la espalda, el vientre y las piernas, vuelve Adán a la verdad. Reconoce enseguida la muesca rocosa donde ayer se acostó.

Marcha. Por la mente torpe cruza fulgurante y lejano el recuerdo de Dolores; luego la muchacha del bodegón. Al evocar a Eva se encoge el cuerpo aterido y entristecen los soñolientos ojos.

Llevaría mucho tiempo de marcha... Las castigadas piernas, constantes, ya insensibles. Avanza como huyendo; querría dejar atrás el miedo, el frío, la indescriptible angustia. La angustia, la melancolía obsesiva camina con él. Adán sufre, pero sin gemir; apenas torcido un poco el gesto de los labios.

Adán no vence a la tristeza; la resiste. Olvidado Dios en la oscura nebulosa del pasado, puede sufrir aún mucho más.

Atraviesa una huerta; luego por una ladera, labrados, terrosos campos de secano. Dobla el alto de una colina. Aparece a lo lejos una gran chimenea con horribles mascaradas negras; la rodean tres construcciones bajas. La planicie cercana parece estéril.

Deja el camino arbitrario y avanza ahora por una durísima, descarnada, calzada artificial. A derecha: ruinas; un montón de ladrillos enrojecidos, cascotes arcillosos. El hombre tiene sed.

Da cien pasos y la ruta entra por medio de una escombrera. Los inexpresivos residuos industriales, resecaos, exprimida la quinta gota de su esencia, yacen su invalía al sol, parecen muertos mártires despreciados. El hombre tiene sed, hambre y pena.

Las piernas se le paran y busca un sitio entre la carbonilla y los mohosos hierros. En torno, allende los escombros, tierra parda y sin ríos. Lejos, al final, un circo de lomas sin verdecer.

Pero como un puntito separado de las lomas, se acerca una extraña Eva: el vestido azul sucio, el paso rudo. Se acerca y crece. Adán mantiene escrutadores los ojos. La nueva Eva es bonita también. Del cuello azul de percal, emerge una bella figura de marfil.

—¡Qué cuello delicado! ¡Ah, Dios, te recuerdo! ¿Es que también tú olvidas?

Se levanta; grita:

—Eva, Eva.

Pero Eva apenas sí mira un poco con sus ojos guardadores de asco y pena.

—¡Eva!

Ella sigue. Junto a la gran chimenea, se mete por la puerta de una construcción.

Adán grita. Incorpora tronco y cabeza... ¡Ah! La cabeza estaba apoyada en el vientre suave y afectuoso de Eva. Eva también se ha dormido; con ese grito bien pudo despertar. Termina de levantarse y ahora, con su diestra, continúa acariciando el abdomen tostado. Es necesario no molestar a la mujer hasta que despierte... ¡Hasta que despierte otra vez, oh Dios!

